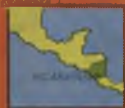


Il Journal
FEBBRAIO 1946



NICARAGUA



Población: 1.100.474 habitantes
Población de Managua: 124.414 habitantes
Extensión: 148.000 kilómetros cuadrados
Densidad de población: 7 por Kmt. cuadrado
Iglesias y Capillas: 215
Hospitales y Dispensarios: 35

Escuelas Primarias: 945
 " **Secundarias** 19
 " **Especiales** 25
 " **Universidades** 3

Total: 992

Bancos y Agencias Bancarias: 11
Vehículos de motor: 616
Productos principales: Café, bananas, azúcar, tabaco, cacao, maderas, ganado, resinas, oro, hierro, plata y cobre.





GABRIELA MISTRAL

YA era tiempo de que la América descubierta por Colón, en la persona de uno de sus hijos, calificara las altas credenciales de su rango en un torneo de resonancia universal. A Gabriela Mistral, por derecho propio, acaba de corresponderle el acierto de recabar para el continente la gloria de una distinción extraordinaria. De esta manera, la América indo-española aparece también en el índice de las "sociedades" favorecidas por el Premio Nobel. En tal sentido, los países europeos y en una ocasión los Estados Unidos, habían disfrutado de ese máximo honor literario. Polonia, obtuvo la mencionada distinción para las in-

quietantes páginas del "Vampiro" tradicional en la Varsovia de todos los misterios. La nación oriental dominaba ampliamente la materia. En pretéritos tiempos la "ciencia del vampirismo" fué asignatura obligada en algunas universidades polacas. Francia, la ironía fina y grácil del París de siempre, vió con orgullo la obtención de ese premio para una de sus más recias figuras literarias: Anatole France. Italia, lírica y absurda en su composición etnográfica, presentó ufana como el contradictorio Pirandello imponente en el "mundo nórdico" sus atrevimientos escénicos y dramáticos Norteamérica, igualmente, en ocasión

no muy lejana, terminó por reconocer como un auténtico valor nacional al escritor que compusiera a *Main Street*.

Tampoco las leiras castellanas habían quedado huérfanas del insigne y consagratorio honor. Echegray, escanció las mieles del codiciado trofeo. Santiago Ramón y Cajal, lo obtuvo en materia de ciencia. Por último, Jacinto Benavente tuvo la satisfacción de mirar a su Imperio de la "Noche del Sábado" cubierta por los mirtos de la Suecia intelectual.

Hoy, Gabriela Mistral, la ingente filóloga y poetisa chilena, se incorpora a los más famosos nombres de la historia literaria de todos los tiempos. Bien merecía quien supo forjar con el ejemplo de su vida y sus ejecutorias intelectuales una conciencia netamente americanista. Gabriela Mistral ha sido la dueña de muchas generaciones en la tierra de Caupehican. Gabriela Mistral, la gloriadora del ingenio y de la sensibilidad continental, puso siempre a prueba su alma de amazona. Y de aquella cruenta prueba, en la maceración del espíritu con la insensibilidad de los vocablos, brotó la luz pura y rutilante de un arte inconfundible: el arte de la serenidad. Porque en Gabriela Mistral los problemas más arduos de la estética y de la moral integral, encuentran al ingente intérprete capaz de traducirlos a las líneas claras de la rima fragante o de la prosa palpitante y precisa. Muchos géneros literarios, didácticos y filosóficos ha abordado la insigne pensadora americana. Y en cada caso, en toda ocasión, la filóloga con alma de poeta, llevó siempre la voz más alta. Una voz genuinamente americana que tuvo el poder de dejarse sentir en todos los confines del continente.

En ocasiones, un penacho de fervida pasión, ilustra el sortilegio de sus páginas de hechizo y arrobó. Pero luego, al analizar esa pasión aparentemente incontentible, se da el insólito hecho de la exacta identificación de la armonía del estilo con los fueros del pensamiento. Y de nuevo, una vez más la serenidad de la consecuencia lograda, termina por personificar el vigor de una conducta y de un temperamento forjado con las esencias típicas de una raza y de un ambiente muy hermoso y muy suyo: el americanismo integral.





CIUDAD UNIVERSITARIA VENEZUELA EN AMERICA

POR FABIO ARIAS ROJAS

CUANDO las sociedades se resolvieron en pueblos, éstos adquirieron el significado y la categoría nacidos de la obra humana cumplida por sus hombres. A veces, brotó un solo nombre —o una sola idea— para grabar en el tiempo, inmarcesible, la universalidad de un gesto, de una palabra, de una doctrina. Y alrededor de estos accidentes, se aglutinó el principio de la filosofía identificándose ésta con lo que de imperecedero existe en lo variable del hombre. Así brotaron Doctrinas, Escuelas, Ideales, con su estela de pueblos negando, afirmando, en lo azul profundo de la conciencia universal.

Hipócrates es símbolo de la Escuela de Cos, y ésta, después de muerto aquél, representa y extiende sus sabias enseñanzas, la doctrina hipocrática. Multitud de idénticos casos brotan felizmente. Los pueblos vienen a convertirse

en guía y representante de determinados ideas. La semilla providente del conocimiento se hincha, cálida y dura, en el terreno fecundo de la experiencia, y el germen fructifica marcando etapas de la mejor cultura.

Las ideas se precisan, formando grupos, definiéndose. Maestros y discípulos se reúnen en comunidad de enseñanzas y función de progreso. Nacen el gimnasio y el estudio; luego el estudio general y, en mejor concepto, la Universidad, fusión de arte y ciencia, lógica palabra para designar lo positivo de un pueblo, banderín de orgullo de todas las claras realizaciones.

La Universidad, en su rudimentaria fase de desarrollo, parece fué una mera y espontánea combinación, digámoslo así, de preceptores y de aprendices, o de ambos cuerpos, formada probablemente a imitación de los gremios que tanta im-



portancla adquirieron durante los siglos XIII y XIV en todos los grandes centros comerciales e industriales de Europa.

Y a través del tiempo, la literatura crea y aísla conceptos; la necesidad forma métodos y ampliación de estudios. Las naciones se hacen ciudades para fijar sistemas: Bolonia, París, Oxford, Salamanca. Centros de luz en el camino desesperado del hombre, floración de responsabilidades naciendo de un empeño valorizado gracias al trabajo de la inteligencia. Valores eternos de lo griego, romano y cristiano acunando la obra futura, plena de sentido y dignidad humanas, cual es la de forjar una civilización, un principio de comunidad espiritual, un anhelo de universalidad. Y ésta es la razón de ser de toda Universidad: ideas generales, concepción y trabajo científicos, técnica racional, arte, ética, estética. Todo nutrido con integral cultura, esa resina intangible pero poderosa que une lo personal y de grupo a un mejor concepto de espíritu social; esa voz y suficiencia que liga definitivamente la personalidad del individuo con lo general por abstracto de la nacionalidad.

Y sólo se puede llegar a estos resultados, haciendo coincidir, topográfica y espiritualmente, el taller y la cátedra y la propia vida de maestros y alumnos. Nace así la Ciudad Universitaria, hito hogar donde se hacen fecundos los anhelos y las esperanzas, donde existe la integración, coordinación y enlace de propósitos y resultados.

Venezuela, al levantar la Ciudad Universitaria, hace árbol de realidades lo que venía siendo voz de promesas y semilla de generales deseos. Lo tristemente aislado del estudiante, lo inarmónico de las enseñanzas y lo ilógico de cultura venezolana ausente—tres defectos históricos de nuestra máxima aula educacional serán tres problemas resueltos, convertidos así en sólido tripode de indiscutible valorización nacional.

El estudiante—resuelto su problema económico de la vivienda y alimentación, pues la Ciudad Universitaria tendrá apartamentos modernos, adecuados, módicos; comida sana y balanceada—estará en las mejores condiciones para ser parte activa e inteligente de una disciplina, de una técnica, de una profesión nutrida de cultura. Será estudiante de problemas vitales—el suyo, el del país, el de la humanidad—y en su conciencia social desarrollada, sentirá su afán profesional como un impulso de satisfacción a exigencias perennes de tradición y de historia. Será nervio y raíz que, vibrando y ahondándose al calor e incentivo de modernos métodos de estudio, integrará mañana el orgullo y razón de una cultura y de un espíritu integralmente nacionales. Será cordial compañero de sus propios hermanos, y lazo fraterno entre amigos extranjeros y su propio pueblo. Será puente de intercambios, motivo de armonías continentales, razón de posibilidades jamás previstas. El estudiante de la Ciudad Universitaria—hijo de cualquier pueblo venezolano— será paladín autorizado de regionales angustias y necesidades; palpará con sus propias aptitudes lo cierto, real y posible de los problemas nacionales, participará en ellos y llegará al título profesional sabiendo que el camino seguido es surco y arteria en la vida del pueblo, que a éste se debe y que junto a él puede cumplir el destino de grandes cosas aún por realizar. El estudiante de la Ciudad Universitaria será no instrumento de tendencias personales—único resultado del actual concepto venezolano de universalidad—y sí feliz motivo y responsable idea en función de patria.

La Ciudad Universitaria, al formar estudiantes mejor dispuestos y mejor preparados, más exigentes en su particular labor, también creará un cuerpo profesoral dedicado, capaz, eficiente, en libertad y posibilidad de constante estudio e investigación. Nace así, por primera vez entre nosotros, la auténtica carrera profesoral, dejando atrás la triste realidad de que la cátedra sea un comodín económico en la vida profesional. A la Ciudad Universitaria convergerán científicos y maestros de verdadera fibra vocacional, capaces de un sacrificio por su generación, hombres de verdadera riqueza espiritual. El profesor tendrá su vida





Plano de conjunto de la Ciudad Universitaria (Caracas, Venezuela). Leyenda: 1 - Rectorado, Biblioteca, Aula Magna. 2 - Ingeniería, Derecho, Arquitectura, Música, etc. 3 - Capilla, Restaurant, Viviendas. 4 - Club, Viviendas Profesores. 5 - Deportes. 6 - Hospital Clínico. 7 - Escuela de Medicina. 8 - Escuela de Enfermeras. 9 - Servicios Generales. 10 - Escuela Técnica Industrial. Toda una obra científicamente planeada, ya realizándose.

en la cátedra, y de ésta saldrán libros y textos de venezolana apreciación. Dejaremos constancia así de propias posibilidades, y haciendo cultura levantaremos Patria.

Y al lograr el común espíritu de ideales entre alumnado y profesorado, tendremos voluntades al mejor servicio de una venezolana finalidad, cual es la de crear una ciudad de estudio en fecunda simbiosis de propósitos y realidades y que venga a significar cuánto somos y adónde nos dirigimos.

La Ciudad Universitaria lucirá en hermosa región de ricas perspectivas. Situada al este de la ciudad de Caracas, está enclavada en la confluencia de los ríos Valle y Guaire, gozando de la cercanía del famoso Parque de Los Caobos y respaldada por simpáticas lomas que la separan de este último. Soberbias, maravillosas y sólidas construcciones. Todo en indispensable armonía y contestando a necesidades educativas y nacionales. Tres amplios campos de deporte, la moderna y extraordinaria Escuela Técnica Industrial, y el club y viviendas para profesores, rematan hacia el este el eje central de las obras. Por el lado norte encontramos la capilla, el restaurant, las viviendas estudiantiles y los servicios generales. Por el lado sur aparece la Escuela de Enfermeras. El macizo núcleo de imponentes realizaciones, está integrado por el Hospital Clínico, la Escuela de Medicina, el Rectorado, Biblioteca, Aula Magna, facultades de Derecho, Ingeniería, Arquitectura, Música, etc. Y en altiva posición, el símbolo tricolor recordando caminos y horizontes, grito luminoso de futuras verdades.

El capital gastado en convertir la Universidad en Ciudad

Universitaria—obra costosa y necesaria, solución de los problemas estudiantil, profesoral y de cultura patria—germinará multiplicado cuando anualmente, a la sincera emoción del último minuto de estudiante, siga la realidad viviente y positiva de sentirse semillas providentes y gozosas de vivificar los amplios caminos del destino que la Patria siente y dispone.

La Ciudad Universitaria será una Venezuela en estudio, en dirigido y voluntarioso estudio. En ella se formarán los futuros profesionales conscientes del país, los primeros artesanos científicos de la nación. A ella dirigirán sus miradas—una, constante, esperanzada— todos los pueblos venezolanos. Y recibirá también la palabra de admiración y la voz reconocida de pueblos hermanos al saber que en Venezuela hemos empezado a sentir lo universal de la vida en el calor de la inteligencia y en el logro y emoción de perfilar la Patria con el cincel de las grandes obras.

Y mañana, cuando la obra realizada por la Ciudad Universitaria venga a decir en palabras sinceras los positivos resultados de los esfuerzos presentes, la mejor opinión será aquella que se refiera no a sus alcances educativos y sí al haber creado y seguir representando la base y esencia de lo venezolano en el concierto esplendente de las afirmaciones continentales.

Y lo heroico y definitivo de Bolívar, lo esencial y maravilloso de Bello, lo rico y trascendente de Vargas, todo en función de América, está presente en la Ciudad Universitaria, satisfactorio rescate de Venezuela en lo eternamente profundo y brillante del Nuevo Mundo.



LA PIEDRA DEL ZAMURO

CAMPO fértil para el cultivo de la leyenda y la conseja ha sido siempre nuestro ambiente popular venezolano. Aquí es donde en todos los aspectos de la historia y alrededor de todos los acontecimientos, se tejen las más variadas y multiformes invenciones, y se echa a volar la fantasía hacia los extraños y extraordinarios caminos de la fábula y el mentidero.

Sucedo así, que por los múltiples vejicuetos de la existencia, a lo largo de cuantos sucesos lleguen a verificarse y al respecto de todas las cosas, en la mentalidad criolla, a imperativos de la andariega imaginación tropical, emanadas de quién sabe qué fantásticas creaciones, surge el fantasma, lo inverosímil, la narración exagerada y engañosa; complicadas concepciones en las que el misterio, lo metafísico y el embrujo, devanan, en la rueda imaginaria, ficciones llenas de tragedia, presagios tenebrosos, apariciones y otras fantasmagóricas inventivas, en las que no falta la candidez e ingenuidad que las aleja de lo experimental y de lo exactamente científico para dejarlas al patrimonio de la ignorancia, la pusilanimidad y acaso de la mala intención y la maldicia.

Entre ese cúmulo de consejas y adeseos, los hay hasta del tipo cómico, y algunos con una cierta gracia callejera que los hace aptos para la narración y el cuento literario. Muchas de nuestras joyas literarias, tienen su origen, o mejor dicho se inspiran y dibújanse al tenor de las conformaciones del recuento, fuente inagotable y siempre en curso para los recursos de la poesía y otros géneros literarios. Generosos y, si se quiere, geniales han sido los cullores de nuestras letras

que han hecho de ese venero de la fantasía popular un objeto para sus explotaciones.

De las del tipo con ingenio y gracia podemos catalogar la que ahora nos ocupa, generalmente conocida con el nombre "la piedra del zamuro".

No podía escapar a la creación de nuestras híbridas imaginaciones y absurdas creencias, el pajarraco necrófago, entre muchos que, como la lechuza, el "diostedé", el picaflor, el "chocrococoy", "el mochuelo" y hasta la cándida paloma mensajera, tienen o se les atribuyen ciertas influencias esotéricas, dadas quizás por calenturientos y peor inspiradas supersticio-

A nuestro vulgar zamuro, la curiosa invención tropical, le cuelga su misteriosa piedra y un caudal de influencias benéficas de las de mayor valor y gran utilidad. Esa carga imaginaria y sus múltiples nombres en América, es lo menos que ha podido ocurrirle al zopilote, gallinazo, bultre, aura, coqueñait, urubú, guarriguao, olaya o lole, nombres por los cuales es conocido nuestro zamuro, a todo lo largo del Continente.

Pero no es solamente lo de su fabulosa piedra lo curioso de las peculiaridades del zamuro; lo espectacular de todo ello es la leyenda que corre entre las gentes del pueblo respecto del negro pajarraco, tan amigo del cielo como de la podredumbre. Es la forma cómo debe apoderarse el afortunado poseedor de la "piedra" de una joya de tantísimo valor. De ahí que sea curioso oírle decir a la gente "fulano tiene la piedra del zamuro". Esto quiere decir, traducido al len-

guaje popular, que ese individuo tiene muy buena suerte.

Según esa expresión, la persona que haya logrado encontrar la "piedra del zamuro", es un ser para quien la felicidad tiene sus puertas de par en par. No hay negocio en el que no le vaya bien. A su paso crece la tranquilidad, y la fortuna viene a sus manos manifestada en riquezas y en prosperidad. Una influencia benéfica lo protege y lo libra de todo mal. Suele encontrar lesoros ocultos y hace toda clase de hallazgos para aumentar sus caudales.

Es, pues, la piedra del zamuro, según todas esas cualidades y bienaventuranzas, una especie de Lámpara de Aladino o Vorita Mágica, como las hadas y los genios regalan en los cuentos inmortales de Shahrazad, diferenciándose la "piedra" de aquellos otros milagrosos artefactos donados por seres misteriosos y superdotados, mientras que ésta es el producto de una gran diligencia. Joya para cuya consecución es necesario, tanto poseer la ciencia y el conocimiento de saberla buscar, como tener paciencia, ingeniosidad y sutileza.

Hemos de vaciar en estas líneas una de las versiones más corrientes al respecto de los métodos que hay para lograr la "mágica piedra" de nuestro popular zamuro venezolano.

Lo primero que debe hacerse a los fines de empezar la tarea para dicha consecución, es ver el sitio donde un casal de zamuros esté fabricando su nido. Una vez hallado éste, hay que dejar que los zamuros terminen su obra; y sin dejarse ver de los animales, pues si tal cosa sucediere, éstos abandonarían su trabajo y se irían a

EL FRACASO

ANTON CHEJOV

en otro sitio. Debe aquel instante, es decir, desde cuando el zamuro haya concluido su nido, la vigilancia del individuo debe agudizarse hasta lograr darse cuenta de cuando empiece la zamuro a poner sus huevos, y cuando termine la postura de todos; cuando ya la nidada esté en proceso de incubación, hay que esperar hasta que la cueva deje en algún momento el nido; oportunidad en la cual el interesado atisbador, reparará, cuidándose de no ser visto por el ave, hasta donde se halla el nido, provisto, eso sí, de un envase con agua caliente. Pasará por ésta todos los huevos del nido hasta inhabilitarlos para la incubación. Luego, colocará nuevamente los huevos en su sitio anterior, tratando de no dejar en ellos ninguna huella de lo sucedido.

Hecho todo esto, llegará el día en que el instinto animal de los zamuros, comprenderá que sus huevos están perdidos, es decir, inhabilitados para la finalidad genésica con que fueron puestos. Es entonces cuando ha de empezar la mayor y más pertinaz vigilancia de parte del interesado; pues, diz que dicen, que hay una hora, posiblemente las doce del día del viernes santo, u otro día de gran significación hierática, en el cual, uno de los zamuros emprenderá vuelo hacia el cémital hasta alcanzar la máxima ascensión a que pueden llegar sus alas. Desde allá, descenderá hacia un lejano e ignorado sitio y, desde éste, regresará a su nido con una piedrecita jaspeada en el pico. Con ella, intentará romper los huevos infecundados; preciso instante en el que saldrá de su escondrijo el paciente vigilante y tratando de asustar al ave hacia que ésta abandone en el nido la piedra maravillosa. De ella se apoderará el afortunado atisbador y desde entonces ha de ser un mimado de la buena suerte, un ente para quien todos los cármenes de la fortuna estarán francos; todo ello, según la graciosa hipótesis de cuya realidad no existen noticias ciertas en ninguna parte.

Poseedor de aquel tesoro, en propiedad de aquel talismán, amuleto y quién sabe cuántas cosas más: ¡ábrete sésamo! Todas las puertas de la dicha y la fortuna estarán francas para el agraciado dueño de la "piedra del zamuro".

De tan ingeniosa fantasía nace la consagrada expresión: "Fulano tiene la Piedra del Zamuro"; graciosa superstición, ridícula creencia, de las incubadas en la imaginación de entes a quienes aún subyuga lo misterioso, con sus adherencias de abracadabras, brujerías, encantos, arúspices y magos, cuya precaria y sofisticada existencia, para fortuna del siglo, está siendo escarada en el rincón obscuro de la ignorancia y fustigada a golpes de estudio y ciencia, para luces del mundo, y escuelas maravillosas de civilización y disciplina mental.

ANTE la puerta se hallaban, con el oído pegado a la misma, Elias Serguievitch Peplot, y su mujer Cleopatra Petrovna. Trataban, visiblemente con ansias, de escuchar lo que en la habitación vecina conversaban su hija Natáchinka y el maestro de la escuela del pueblo, Schupkin.

Mientras esto hacían, Peplot, mostrándose muy contento, susurraba:

—Escucha. Parece que ya muere el anzuelo. No bien aborden el tema sentimental, descuelgas la imagen santa y les daremos la bendición. Este va a ser un buen medio de atraparla. La bendición con la imagen es sagrada; de tal forma, haga lo que haga, no podrá escapar.

Mientras tanto, en la habitación vecina se desarrollaba la siguiente conversación:

—Es inútil que insista—decía Schupkin, mientras encendía un cigarrillo—; yo no le he escrito ninguna carta.

—Como si yo no conociera los rasgos de su letra!—replicaba la joven mientras hacía muecas y se miraba de soslayo en el espejo—. Yo lo descubri enseguida. ¡Qué raro es usted! Un maestro de caligrafía que escribe tan mal. ¿Cómo enseña usted caligrafía, si no sabe escribir?

—¡Hum! Eso no tiene importancia. En la caligrafía, lo esencial no es la letra, sino la disciplina. A uno le doy con la regla en la cabeza; a otro le hago arrodillarse; nada más fácil. Nekransot fué un mal escritor; pero su caligrafía era admirable; en sus obras se inserta una muestra del carácter de su letra.

—Aquél era Nekransot, y usted es usted. Yo me casaría gustosa con un escritor—añade ella suspirando—. Me escribiría versos...

—También puedo escribirselos yo, si usted lo desea.

—¿Y de qué tema escribirá usted?—De amor, sobre sus ojos; de sentimientos... Si usted leyera lo que yo escribo, se volvería loca. Hasta llegarla usted a llorar. Dígame, si yo le dijera versos poéticos, ¿me permitiría usted besarle la mano?

—Eso es una cosa sin importancia. Si quiere, puede usted besarla ahora mismo.

Schupkin se levantó, se dilataron sus pupilas y aplicó un beso en la mano recordada, que oía a jabón.

Mientras tanto, Peplot, que se encontraba detrás de la puerta de comunicación, empujando con el codo a su

mujer y abrochándose, todo pálido y agitado, dijo:

—Rápido, descuelga la imagen de la pared... ¡Entremos!

Y de un empujón abrió la puerta.

—Hijos—balbuceó, alzando las manos al cielo y estremeciéndose— ¡Hijos míos, que Dios os bendiga!... ¡Creced y multiplicaos!...

—Y yo, y yo—agregó la madre, llorando de felicidad—. ¡Que seáis felices!

Luego continuó, dirigiéndose a Schupkin:

—Usted me roba un tesoro. Quírela y cútela usted mucho...

Schupkin, entre confuso y asustado, abrió la boca. El inesperado ataque de los padres le pareció tan atrevido, que no podía proferir una sola palabra. "Estoy perdido—pensaba lleno de temor—; ya no tengo salvación". Lleno de abatimiento, bajaba la cabeza como si dijera: "Tómeme usted, me doy por vencido".

—Recibid mi bendición de padre—proseguía Peplot, llorando siempre—. Natáchinka, hija mía, colócate a su lado. Petrovna, pásame la imagen.

En este momento, Peplot dejó de llorar y sus facciones torcieron de rabia.

—¡Demonios!—dijo a su mujer con indignación—. ¡Qué tonía eres! ¿Para ti esto es una imagen?...

—¡Santo Cielo!

¿Qué acontecía? Schupkin, el maestro de caligrafía, levantó la vista y, al instante, vió que estaba salvado.

Ocurrió que la madre, emocionada y confusa, en vez de la imagen pedida había descuelgado de la pared el retrato del publicista Lajensnikof Peplot y su esposa Cleopatra Petrovna. En medio de la confusión, todos se quedaron parados y sin saber qué hacer; todos menos Schupkin, que aprovechó la nueva situación para ganar la puerta y desaparecer.

El acero que pierde su temple, no tiene ningún valor. Lo mismo sucede con el hombre. H. K.

Creo que el hombre que presta el mayor servicio social, es aquel que coopera en la organización de la industria en forma tal que dé al mayor número de trabajadores la mayor oportunidad para su progreso y bienestar. —John D. Rockefeller, Jr.



Dr. Augusto Pi Suñer, ex-Director del Instituto de Medicina Experimental en Caracas y Profesor en nuestra Ilustre Universidad Central

LA Medicina Medieval era una extraña mezcla de galeñismo dogmático a través de los comentaristas árabes—Mesué, Avicena, Averroes—y de supersticiones místicas de todas clases. Los principios galénicos—venidos de Hipócrates, de Aristóteles—eran simples. El cuerpo está formado por cuatro "fluidos" o "humores" referibles a los cuatro elementos de Aristóteles: tierra, aire, fuego y agua. La enfermedad es ocasionada por exceso o deficiencia de alguna de aquellos humores y ha de ser curada con sangrías, purgas, baños y decocciones de hierbas aromáticas, que tienen por objeto restablecer el equilibrio. Pero estos conceptos se hallaban invadidos por ideas místicas. Se suponía, por ejemplo, que cada enfermedad fuese producida por un determinado demonio, por lo cual debería ser tratada con oraciones y exorcismos. La masa de supersticiones cubría la teoría original. Todo médico que intentara aplicar tratamientos simples y racionales era denunciado como ignorante y se hacía sospechoso de heterodoxia. El galenismo, más o menos denaturalizado, se había hecho la medicina oficial, sustentada en la tradición y mantenida por la unanimidad.

Paracelso (1493-1541) rompe con aquella tradición. Es un extravagante, agitado e inconformista. La leyenda, que no se sabe si corresponde a la realidad, afirma que fué eunuco: castrado cuando niño por unos soldados ebrios. Paracelso coincide con la Reforma y nuestra semejanzas con Lutero. Espectacular y violento, había de chocar estrepitosamente con los médicos engolados e ignorantes, celosos de sus prerrogativas.

PARACELSO—Teofrasto Bombasto de Hohenheim—viene de la alquimia; ha trabajado en las minas de Függer, y trata de unir esta alquimia a la medicina. "Un doctor debe ser alquimista". Se refiere, sin embargo, esta afirmación más a la terapéutica que a la fisiología. De todos modos se debe a Paracelso la palabra "iatroquímica", la cual pronto significará un concepto médico; porque ciertas reacciones

IATROQUIMIA Y IATROMECA MODERNAS

POR EL DOCTOR
AUGUSTO
PI SUÑER

químicas desprenden calor y entonces los líquidos pueden hervir, moverse, agitarse; porque otros líquidos fermentan y también se agitan y se mueven. La vida consistirá en una coincidencia y sucesión de operaciones químicas y la enfermedad será el resultado de alteraciones de esta química.

Paracelso representa la ruptura con la tradición. En 1530, simbólicamente, quema en público libros de Galeno y de Avicena. Estos libros contienen sólo "viejas palabras sin sentido, charlatanías que tratan de encubrir la ignorancia, latines que nada valen. De tales libros sacan los médicos su griego y su latín, desconociéndolo todo en punto a enfermedades".

Y no obstante, poco más sabe Paracelso. Cierto que, uno entre tantos, se ha propuesto observar la realidad y deducir de ella enseñanzas, oponiendo este estudio positivo a la autoridad del libro que no se discute. Pero las ideas de Paracelso no son menos fantásticas que las vigentes antes de su advenimiento. El humor vital—"mumia"—se hallaría difundido por todo el cuerpo y sería la fuerza curativa natural, bajo la influencia de los "balsamos naturales" que cuidarían, en el mundo, del restablecimiento de la salud en los enfermos. Por ello la terapéutica tendría por objeto aprovechar las virtudes de tales balsamos naturales. La vida sería función de "archeus", fuerzas vitales. El "archeus" es el químico del cuerpo. En cada individuo y en cada órgano se encuentra su correspondiente archeo de acción específica. "Ares" es el espíritu que da a cada ser su índole específica y Vulcano es el "archeus" de la tierra. Paracelso entiende por espíritu algo seriforme, semejante al viento, al aliento. El espíritu obliga al fuego a quemar, a la tierra a dar frutos, al agua a engendrar peces, etc.

Paracelso es oscuro, difuso, difícil. Suele ser extremado y usa palabras gruesas, las más vulgares, con el objeto de ofender a sus contradictores.

Ideas iatroquímicas son formuladas anteriormente por Van Helmont (1577-1644), por Silvio de la Bee (1614-1672), por Willis (1612-1675). Van Helmont se opone al estudio detallado de la anatomía de la máquina corpórea, porque, como Paracelso, cree que, en la vida, sólo tiene interés la dinámica y no la forma.

CONTEMPORANEAMENTE, la medicina tomaba otra dirección distinta de la de la química: la mecánica. Al mismo tiempo que Paracelso, vive Leonardo de Vinci (1452-1519), producto maravilloso del Renacimiento que se inicia entonces en Italia. Leonardo es artista y hombre de ciencia; dibujante, pintor, escultor y además, mecánico e inventor, de genio inagotable.

El cuerpo humano, como el de los animales, sería una máquina y hay que estudiar la disposición, la anatomía del cuerpo. Leonardo diseña y dibuja las preparaciones y la forma externa del hombre. Sus observaciones fisiológicas responden a un criterio mecanicista: describe y dibuja, por ejemplo, las válvulas del corazón y deduce de la forma y situación, su funcionamiento.

Los conceptos fundamentales de la doctrina de Leonardo son aristotélicos. La máquina, que es el cuerpo del animal, se pone en movimiento, funciona, porque se encuentra bajo la influencia de agentes activos, espirituales, energéticos. La fuerza vital que anima los organismos "es una

potencia espiritual, incorpórea, invisible. En la fuerza reside una vida activa, que no altera el cuerpo, ni en su masa ni en su forma". En Leonardo ya se encuentra el concepto de la producción de energía por parte de los seres vivos: "hay fuerzas que se forman por poco tiempo en los cuerpos, cuando por una violencia casual son agitados en su esencia y desplazados de su lugar natural". En las doctrinas iatromecánicas se hace imprescindible un principio agente: en las iatroquímicas se tienen ante todo en cuenta los factores materiales. Pero, en uno y otro caso, precisa acudir constantemente a principios referibles a los conceptos modernos de *materia y energía*.

El estilo de Leonardo es siempre elato, latino; sus ideas se suceden según lógica y el lenguaje cuidado.

Tras de Leonardo, Vesalio (1514-1564), alemán italianizado, incluso en el nombre, Weasel; rechaza también las doctrinas galénicas, pero basándose en sus estudios anatómicos que le convencieron de los errores de la anatomía de Galeno. Estudia la estructura del cuerpo humano y deduce de ella las funciones, cosa que expone en su gran libro "De humani corporis fabrica", Basilea, 1543, con magníficas ilustraciones que se atribuyen a Ticiano. Vesalio estudió experimentalmente las funciones de los músculos y los nervios, la respiración; logró una visión de conjunto de la anatomía, con el correspondiente "uso de las partes"—funcionamiento de los órganos—como anteriormente nadie consiguiera.

Otros iatromecanicistas importantes fueron Santorio (1561-1679), Borelli (1608-1679), Bovioli (1668-1707). Sos-tienen que la vida es física, movimiento, calor. Pero el más alto representante de esta manera de pensar es Descartes (1596-1650), el cual intenta explicar la vida por factores mecánicos, a los que agrega el calor. Afirma que las funciones de la máquina animal dependen de la disposición de los órganos, como en el caso del funcionamiento de un reloj, de un autómatas. Mueven los órganos los espíritus animales—vitales—agitados por el calor que es propiedad corporal, no anímica. Calor innato cuyo centro es el corazón y que se sustenta por los materiales alimenticios que la sangre acarrea desde el aparato digestivo.

Con la obra de Harvey (1578-1657) el mecanismo fisiológico toma forma positiva. Prescinde Harvey de espíritus animales o vitales para explicar la circulación, y, tras de ésta, las demás funciones. Hace del problema de la circulación de la sangre puro mecanismo. Una nueva manera de considerar los fenómenos fisiológicos se aparecía y el propio Harvey tomaba en cuenta la profunda novedad de su doctrina y las protestas que habría de levantar: "De tal modo es nuevo e inaudito mi descubrimiento, que no sólo temo el daño que de algunos pueda venirme, sino que temo que han de convertirse en enemigos míos. Tal es la fuerza de la costumbre, que cuando una opinión se afianza y echa raíces, se convierte en una nueva naturaleza de todos".

Las disputas entre iatroquímicos y iatromecánicos se prolongaron por dos siglos, dividiéndose las Universidades. Pero ni una ni otra doctrina podía prescindir de conceptos vitalistas. Y ello porque, tanto el mecanicismo, como la química, han de acudir indefectiblemente a hipótesis energéticas, de principios animadores. Lo cual no obsta para que los principios espirituales, rectores, fuesen referidos casi siempre a índole material. Paraceleso los comparaba al aire. Descartes les llama "materia fina" y Willis afirma que el alma animal y el alma humana inferior son materiales y semejantes al fuego.

Todos los autores, comparten la idea de que el cuerpo humano—máquina o retorta—muestra sus actividades vitales porque existen principios actuantes. El nombre del principio varía según cada autor: "vis, vis motiva, vis vitalis, pneuma, espíritus olímpicos, arqueos, hlices, vulcanos, astro, etc.", "soplos" animadores que encenderían la vida en la materia. Se trataría, según el principio aristotélico, del maquinista que pone en marcha la máquina, del piloto que dirige el barco.

En el caso de las doctrinas iatromecánicas se supone necesario el principio agente para conseguir que la máquina entre en funciones y para mantener el buen régimen de las mismas. En el de las iatroquímicas, la materia que reacciona da lugar a desplazamientos energéticos. En uno y otro caso se acude a principios idénticos a los conceptos modernos de "materia" y "energía". La noción de energía que pone en actividad la materia es de origen espiritualista. Es así como constantemente ha venido oponiéndose la estática—la materia—a la dinámica—la fuerza—. Y no es difícil ver que, en esencia, no han variado las opiniones fundamentales a pesar de la evolución de las ideas y de enormes progresos; y que los mismos conceptos antiguos siguen informando en el día de hoy la fisiología y la biología.

La noción energética encuentra argumentos favorables en los hechos de excitación. Glisson (1597-1677) introduce en medicina el concepto de "irritabilidad". Boerhaave (1668-1738) habla de un "principium nervorum", de "fluido nervioso", que no es otra cosa que la "irritabilidad" y la "sensibilidad" de Haller (1708-1777), o la "excitabilidad" de Brown (1735-1788). Esta excitabilidad sería propiedad vital y por ella se distinguirían animales y vegetales del mundo inanimado. "La vida es excitabilidad" escribe Brown. Variaciones en la excitabilidad serían las enfermedades. Esto se piensa en el siglo XVIII y tales opiniones siguen informando la medicina y la fisiología de buena parte del siglo XIX. Se opone constantemente el factor energético al factor material. Y se da en el tiempo un movimiento pendular: unas veces otorgando mayor consideración a los factores materiales, otras a los energéticos.

Siguen en el presente las discusiones entre los "mecanicistas" y los "químicos". Estos últimos han visto enormemente reforzadas sus opiniones por el descubrimiento de factores substanciales en gran número y los más diversos que intervinieron en el desenvolvimiento de fenómenos vitales de toda clase.

Con el primero un mero nominalismo: a substancias hipotéticas se atribuyeron los fenómenos; descubriéronse después hormonas, parahormonas, armonzonas, chalconas. Finalmente las vitaminas. De tiempo se conocían los efectos de las diastasas. El descubrimiento de los mediadores materiales, adrenalina, acetilcolina, etc., de los transmisores de la excitación, aportó argumentos valiosísimos en favor de la tesis material. Química. La presencia de substancias diferentes explicarían la fisiología y la patología.

Sin embargo, los energetistas no desarmaron. Frente a aquellas ideas, las de quienes consideran que la excitación es transmisión de una fuerza y que hay que contar primordialmente con los factores dinámicos. Modernamente la "neurina" de Mc Dougal, el "libido" de Jung, el "hormic" de Monakov, el "principio holístico" de Meyer y Smuts, los "compos dinámicos" de Child, etc.

Reuniones sucesivas de fisiólogos y biólogos se han ocupado en todos los tiempos y recientemente, de esos problemas: recordemos, entre otras tantas, las de la "Asociación de Physiologists" en París (1937), en Lovaina (1938), en Marsella (1939); el "Congreso Internacional de Fisiología" en Zürich (1938); el simposio de la Reunión de 1939 de la "American Physiological Society", etc.

Se ha adelantado mucho en el conocimiento de factores substanciales existentes en el momento de la aparición de las más diferentes manifestaciones vitales: químicos, funcionales, morfógenos; en la embriogénesis, el crecimiento, la reparación de mutilaciones. Hay mediadores químicos puros y no cabe olvidar la intervención totopéptica de las diastasas.

Pero subsisten las hipótesis energetistas, aún cuando supongan algunas de ellas la actuación, todavía, de elementos materiales—iones, electrones, etc.

La oposición en las ideas observase sobre todo cuando se trata de explicar la excitación. Y a este respecto las ideas de algunos autores han variado con los años. Así